Poemas de

Emily Brontë

Autora de la novela
"Cumbres Borrascosas"

Traducción y versión modernizada en el lenguaje de

Gordon McAllister

Título:	POEMAS DE EMILY BRONTË
Subtítulo:	Traducida y modernizada por Gordon McAllister
ISBN:	979828296224 6
Autor:	Gordon McAllister.
Copy Right:	Todos los derechos están reservados para Carlos Alberto Gómez Acuña.
Email:	Calgom532002@yahoo.com
Edición:	Primera Edición: Calgóm Ediciones 2025
Impresor:	XPRESS Estudio gráfico y digital SAS. Impreso en Bogotá 2025

Todos los derechos reservados
Es un delito la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, su préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin el permiso previo y por escrito del titular del Copyright. Únicamente, se podrá reproducir párrafos parciales del mismo con la mención del título y el autor.

All Rights Reserved
It is a crime the total or partial reproduction of this book, his computer treatment, nor the transmission of any form or for any way, already be electronic, mechanical, neither for photocopy, for record or other methods, his lending, rent or any other form of transfer of use of the copy, without the previous permission and in writing of the holder of the Copyright. Only, they can play the same partial paragraphs with reference to the title and author.

Poemas de Ellis Bell

Índice

Prefacio.	7
Introducción.	13
Biografía.	17
Nota aclaratoria	21
Fe y Desaliento.	23
Estrellas.	27
El Filósofo.	31
Recuerdo.	35
Una Escena De Muerte.	39
Canción.	43
Anticipación.	45
El Prisionero.	49
Esperanza.	53
Un día de verano.	55
A La Imaginación.	59
¡Que Claro Brilla!	63
Compasión.	67
Ruega Por Mí.	69
Auto-Interrogación,	73
Muerte.	77
Estrofas A —	81
Mártir Del Honor.	83

Estrofas. 87
Mi Consolador. 89
El Viejo Estoico. 93
I 95
II La Campañilla azul 99
III 101
Sin Título 105
El Viento Nocturno 107
Amor y Amistad 111
La Reprimenda del Anciano 113
El Vagabundo del Redil 115
Advertencia y Respuesta 117
Últimas Palabras 119
La Dama y su Guitarra 121
Los Dos Niños 123
El Visionario 127
Ánimo 129
Estrofas 131
Últimas Palabras de Emily Brontë 133
Epílogo 135
Breve reseña biográfica del autor 141

Prefacio

Por: Charlote Brontë

No habría sido difícil compilar un volumen de los papeles dejados por mis hermanas, si yo, al hacer la selección, hubiera descartado de mi consideración los escrúpulos y los deseos de aquellos cuyos pensamientos escritos contenían estos papeles. Pero esto era imposible: una influencia, más fuerte de lo que podría ser ejercida por cualquier motivo de conveniencia, necesariamente reguló la selección. Por lo tanto, sólo he seleccionado de la masa un pequeño poema aquí y allá. El conjunto no es más que un pequeño ramillete, y el color y el perfume de las flores no son los adecuados para un uso festivo.

Ya se ha dicho que mis hermanas escribieron mucho durante su infancia y niñez. Por lo general, parece una especie de injusticia exponer en letra impresa los crudos pensamientos de la mente inmadura, los rudos esfuerzos de la mano inexperta; sin embargo,

me atrevo a dar tres pequeños poemas de mi hermana Emily, escritos en su decimosexto año, porque ilustran un punto de su carácter.

En esa época fue enviada a la escuela. Su vida anterior, con la excepción de un solo medio año, había transcurrido en el retiro absoluto de un pueblo... una casa parroquial, entre las colinas que bordean Yorkshire y Lancashire. El paisaje de estas colinas no es grandioso, no es romántico, apenas llama la atención.

Largos páramos bajos, oscuros de brezo, encierran pequeños valles, donde un arroyo riega, aquí y allá, una franja de bosquecillo achaparrado. Los molinos y las cabañas dispersas ahuyentan el romanticismo de estos valles; sólo más arriba, en lo profundo de las crestas de los páramos, la imaginación puede encontrar descanso para la planta de su pie: e incluso si lo encuentra allí, debe ser un cuervo amante de la soledad, no una gentil paloma. Si exige que la belleza la inspire, debe traerla innata: estos páramos son demasiado severos para dar un producto tan delicado.

El ojo del observador debe rebosar de una "luz púrpura" lo bastante intensa como para perpetuar la breve floración de agosto en el brezo, o la rara sonrisa de la puesta de sol de junio; de su corazón debe brotar la frescura que, a finales de la primavera y principios del verano, ilumina el helecho, nutre el musgo y abriga las flores estrelladas que enredan durante unas semanas el pasto de las ovejas del páramo. A menos que la luz y la frescura sean innatas y se mantengan por sí mismas, la lúgubre perspectiva de un páramo de Yorkshire resultará tan desprovista de interés poético como agrícola: allí donde el amor por la naturaleza salvaje sea intenso, la localidad se aferrará quizá con una constancia más apasionada, porque del propio amante de las colinas procede la mitad de su encanto.

Mi hermana Emily amaba los páramos. En los brezales más negros parecían florecer flores más brillantes que las rosas; de una hondonada sombría en la ladera de una colina lívida en su mente podía hacer nacer un Edén.

Encontró en la sombría soledad muchos y entrañables placeres; y el que menos y el que más amaba era: la libertad.

La libertad era el aliento de las fosas nasales de Emily; sin ella, perecía. El cambio de su propia casa a una escuela, y de su propio modo de vida, muy silencioso, muy aislado, pero sin restricciones ni artificios, a uno de rutina disciplinada (aunque bajo los auspicios más amables), fue lo que no pudo soportar. Su naturaleza demostró ser demasiado fuerte para su fortaleza. Cada mañana, al despertarse, la visión de su hogar y de los páramos se apoderaba de ella y oscurecía y entristecía el día que tenía por delante.

Nadie sabía lo que la aquejaba, excepto yo, que lo sabía demasiado bien. En esta lucha su salud se quebrantó rápidamente: su rostro blanco, su forma atenuada y su fuerza menguante amenazaban con un rápido declive. Sentí en mi corazón que moriría si no volvía a casa, y con esta convicción conseguí que volviera. Sólo había estado tres meses en la escuela, y pasaron algunos años antes de que

volviera a aventurarse el experimento de enviarla fuera de casa.

Después de los veinte años, habiendo estudiado mientras tanto sola con diligencia y perseverancia, fue conmigo a un establecimiento en el Continente: el mismo sufrimiento y conflicto que se agravó por el fuerte retroceso de su espíritu recto, hereje e inglés ante el gentil jesuitismo del sistema extranjero y romano. Una vez más pareció hundirse, pero esta vez se recuperó por la mera fuerza de su resolución: con remordimiento y vergüenza internos, miró atrás a su anterior fracaso y resolvió vencer en esta segunda prueba. Y venció, pero la victoria le costó cara. Nunca fue feliz hasta que llevó sus conocimientos, adquiridos con tanto esfuerzo, de vuelta a la remota aldea inglesa, a la vieja casa parroquial y a las desoladas colinas de Yorkshire. Unos pocos años más, y miró por última vez a esas colinas, y exhaló su último aliento en esa casa, y bajo el pasillo de esa oscura iglesia de pueblo encontró su último y humilde lugar de descanso. Misericordioso fue el decreto que la perdonó

cuando era forastera en tierra extraña, y guardó su lecho de muerte con afectuoso amor y agradable constancia.

***

Introducción

Por: Gordon McAllister

Siendo un adolescente ya casi terminado de empollar, frisando los 16, leí y lloré la obra magistral de Emily Bronrë, y sufrí lo indecible con la dolorosa narrativa al llegar al clímax del martirio de un amor imposible, con la amargura que se tomaba por asalto las vidas de *Catherine* y *Heatchcliff* en "*Cumbres Borrascosas"*.

Quizás a fuerza de recordar algún atardecer sombrío entre nieblas y oscuros nubarrones de un paisaje lluvioso del altiplano colombiano, como los que en ocasiones se ven en la región donde está situada mi finca, en Guasca, Cundinamarca, encuentro alguna similitud con aquel paisaje gélido, martirizado por el viento borrascoso y pincelado de un gris profundo, muy propio de las colinas de *Yorkshire,* en Gran Bretaña y descrito con doloroso realismo por Emily Brontë, tanto en su legendaria obra, "*Cumbres Borrascosas*",

como en su poemario, que aquí, en este libro, pretendo revivir y sacar a la luz pública.

No tuvo éxito como escritora en vida y tuvo que usar un masculino pseudónimo para marcar su obra, pues las condiciones de la época victoriana no permitían que una mujer pudiera destacarse con las letras ni con nada…

Las penurias de una familia como la de los Brontë, acantonada sin remedio en una región olvidada de la campiña británica, en medio de una tragedia signada por la tuberculosis y la desesperanza, fue quizás el escenario precursor para facilitar la presencia de las musas que llevaron a dar luz de vida a una pluma de selecta condición y sublime finura literaria como la de Emily Brontë.

En aquellos años de lejana juventud, no podría decir que me sorprendió la lectura de la obra de Emily, pues la sorpresa no se manifestaba cuando aún estaba presente la capacidad de absorber conocimiento sin sorpresas, pero, pasados casi 56 años,

nuevamente la lectura de su obra, esta vez sí me sorprende por lo actual y lo eminente.

Mi mayor respeto por esta obra y por aquella mujer que merece mi mayor reconocimiento.

Gordon McAllister

Biografía

Emily Brontë:
El alma indómita de las colinas de Yorkshire
(Versión de Gordon McAllister).

Emily Jane Brontë nació un 30 de julio de 1818 en Thornton, un pueblo gris de Yorkshire que, desde el principio, pareció cederle al viento la responsabilidad de susurrarle a Emily los secretos de la soledad, la rebeldía y la pasión contenida. Fue la quinta de seis hijos en una familia donde la literatura y el dolor fueron hermanos inseparables. En 1820, la familia se trasladó a Haworth, donde su padre fue nombrado párroco anglicano. Allí, entre tumbas húmedas y páramos eternos, la infancia de Emily tomó la forma de un susurro salvaje.

La tragedia no tardó en posarse sobre su niñez. En 1821, su madre murió, y tres años más tarde, ella y sus hermanas fueron enviadas a un internado sombrío en Cowan Bridge, donde la tuberculosis empezó a cebarse con

las mayores. Las condiciones eran deplorables, y el regreso a casa fue inevitable. Dos hermanas murieron. La infancia quedó herida para siempre.

Pero de aquella clausura nació algo más: el universo secreto. Emily, junto a sus hermanas Charlotte y Anne y su hermano Branwell, edificaron en su imaginación reinos ficticios como Angria, Gondal y Glass Town. Eran mundos paralelos, tan vívidos como el moho en las paredes de la rectoría, donde sus fantasías eran gobernantes absolutos. De esos juegos surgieron los primeros esbozos de una voz literaria que, sin saberlo aún, marcaría la historia.

De carácter austero, taciturna como un roble que se niega a florecer fuera de estación, Emily fue institutriz en Law Hill en 1838, cerca de Halifax, y luego alumna en Bruselas junto a Charlotte. Pero la muerte de su tía la trajo de nuevo a Haworth, donde, silenciosamente, tomó las riendas del hogar. Desde allí vigilaba, como una sombra fiel, los pasos errantes de su hermano Branwell, cuya decadencia en el alcohol y el opio se convirtió

en la gran cruz de su vida. Emily lo esperaba en vela, noche tras noche, mientras él deambulaba por las tabernas de la comarca, solo para arrastrarlo con ternura silenciosa hasta su cama. Es probable que muchas de las páginas de *Cumbres Borrascosas* nacieran en esas madrugadas largas, pobladas de gritos, resuellos y ecos del pasado.

Fue Charlotte quien descubrió, casi por accidente, los poemas que Emily escribía con una voz antigua, arisca, pero desbordante de intensidad. En 1846, las tres hermanas Brontë publicaron un volumen de poesía bajo seudónimos masculinos: Currer, Ellis y Acton Bell. Solo se vendieron dos ejemplares, pero la llama estaba encendida. Un año después, Emily publicó *Cumbres Borrascosas*, una novela que, al principio, descolocó a la crítica por su crudeza, su estructura inusual y la fuerza casi elemental de sus personajes. Con el tiempo, sería considerada una de las cumbres —y abismos— de la literatura inglesa victoriana.

Emily murió joven, a los treinta años, el 19 de diciembre de 1848. La tuberculosis, que ya había visitado su hogar con la puntualidad

de un fantasma, volvió para llevársela después del entierro de su hermano. La enterraron en la iglesia de San Miguel de Todos los Santos, en Haworth, como quien devuelve al páramo una parte del viento que lo habita.

Sus palabras sobreviven, ásperas como la roca, inquebrantables como el deseo que no se deja domesticar. Emily Brontë escribió una sola novela, pero bastó para que su nombre resonara más allá de los siglos. En su Catherine y su Heathcliff plasmó lo que nadie se había atrevido a decir con tanta fiereza: que el amor no siempre redime, pero siempre arde.

Gordon
McAllister

Nota aclaratoria al libro:

Poemas de Emily Brontë

Es necesario anotar que Emily Brontë, debido a las restricciones que sufría la mujer en la época victoriana, donde no era bien visto que pudiera manifestarse en público y, de hacerlo, sería condenada al ostracismo, se vio obligada a usar como pseudónimo el nombre de un hombre. El nombre escogido fue:

Ellis Bell

Debido a lo anterior, Emily plasmó una personalidad masculina en la narrativa de su obra, como si fuera un hombre quien estuviera escribiendo las vivencias y experiencias narradas.

FE Y DESALIENTO
De: Emily Brontë
(Versión adaptada al estilo de Gordon McAllister)

—El viento invernal ruge fuerte y salvaje.
Ven aquí, hija mía, acércate.
Deja los libros, suspende el juego sin alma,
y mientras la noche se torna gris,
hablaremos de sus horas melancólicas.
—Ierne—. Allá fuera, en nuestra sala protegida,
las ráfagas de noviembre claman sin eco.
Ni un solo aliento logra penetrar
para agitar siquiera el cabello de mi hija.
Y me reconforta ver el fulgor
brillar en sus ojos como reflejo de estrellas,
y sentir su mejilla, suavemente posada
en calma dichosa sobre mi pecho.
—Y, sin embargo, aun ésta calma
trae consigo pensamientos amargos,
sombras que se cuelan en el resplandor del fuego.
Veo páramos cubiertos de nieve,

sueño con colinas envueltas en bruma,
donde la tarde cae oscura y fría.

Allí, en la soledad de las montañas,
reposan aquellos a quienes amé en tiempos remotos.
Y el corazón me duele en un lamento sin remedio,
agotado de nostalgias vanas,
¡sabiendo que jamás los volveré a abrazar!

—Padre —dijo ella—, en mi infancia
cuando estabas lejos, más allá del mar,
tales pensamientos me dominaban.
Pasaba horas enteras, en noches eternas,
erguida en la almohada, buscando la luna,
esa pálida testigo luchando por abrirse paso en el cielo.

Aguzaba el oído para captar el estruendo
de las olas golpeando la roca —y viceversa—
.

Así pasaba, despierta y temblorosa,
sin atreverme al sueño.
Pero la muerte… la muerte no debe
temerse.
No como temía tu ausencia, padre.
La tumba es lúgubre, sí,
pero ellos no están allí.
El polvo ya es parte del césped,
y sus almas…
Sus almas están con Dios.
Tú me enseñaste eso…
Y sin embargo, suspiras,
murmuras por la muerte de tus amigos.
¿No es acaso contradictorio?
Si tus palabras son verdad,
¿qué sentido tiene tal lamento?
¿No es tan absurdo como llorar la semilla
que cayó lejos del árbol madre,
pero germinó en tierra fértil,
y brotó hacia un nacimiento glorioso,
echando raíces profundas,
alzando verdes ramas al cielo?
Yo no temeré, ni lloraré,
por aquellos cuyos cuerpos descansan.

Sé que hay una orilla bendita,
que abre sus puertas para mí y los míos.
Y sobre las vastas aguas del Tiempo,
lloro, sí —pero no de tristeza—
sino de anhelo por esa tierra sagrada
donde nacimos…
donde tú y yo nos reuniremos,
libres al fin del dolor y la corrupción,
devueltos a la Deidad.

—Has hablado bien, dulce y luminosa
niña —respondió él—,
más sabia que tu padre.
Las tempestades del mundo fortalecerán tu deseo,
y tu esperanza —firme, encendida—
cruzará la tormenta y la espuma,
el rugido del océano,
hasta alcanzar la orilla inmutable,
el hogar eterno.

***

ESTRELLAS

De: Emily Brontë

(Versión adaptada al estilo de Gordon McAllister)

¿Por qué el sol volvió a brillar con
júbilo sobre la Tierra,
habéis huido,
dejando un cielo desnudo y desolado?
Toda la noche, vuestros ojos —
radiantes y eternos—
se posaron sobre los míos,
y, con un suspiro de gratitud,
bendije ese instante sagrado.
Yo estaba en paz.
Bebía vuestra luz
como si fuese vida líquida para mi alma,
y me dejaba mecer, cambiante,
entre sueños como un petrel sobre las olas.
Pensamiento tras pensamiento,
estrella tras estrella,
a través de regiones sin frontera,
avanzaban,
mientras una influencia sutil —cercana,

lejana—
nos atravesaba y nos volvía uno.
¿Por qué habría de llegar el alba
a romper un hechizo tan grande, tan puro?
¿Por qué abrasar, con fuego inclemente,
la mejilla tranquila donde reposaba vuestro resplandor?
Rojo como sangre surgió el sol,
y, como un arquero salvaje,
lanzó sus flechas contra mi frente.
El alma de la Naturaleza brotó jubilosa…
pero la mía se hundió,
triste y muda, hacia su abismo.
Mis párpados pesaron,
más a través de su velo
lo vi —ardiente, inmóvil—
bañar de oro el valle brumoso
y prender de luz la colina.
Volví el rostro a la almohada,
anhelando el regreso de la noche,
para ver otra vez tus mundos solemnes de luz
revolotear con mi corazón… y junto a mí.
Todo resplandecía: el techo, el suelo, la almohada.

Los pájaros cantaban en el bosque,
el viento sacudía suavemente la puerta.
Las cortinas flotaban, las moscas
despertaban,
revoloteaban cautivas en la habitación
esperando a que yo me alzara
y les otorgara libertad.
¡Oh, estrellas, y sueños, y noche
apacible!
¡Oh noche… oh estrellas… regresad!
Escondedme de esta luz hostil
que no abraza, sino quema;
que seca la sangre del que sufre,
que bebe lágrimas en vez de rocío.
Dejadme dormir bajo su reinado cegador,
y sólo despertar
con vosotras.

***

EL FILÓSOFO

De: Emily Brontë

(Versión adaptada al estilo de Gordon McAllister)

¡Basta de pensar, filósofo!
Demasiado tiempo has soñado sin luz
en esta cámara sombría,
¡mientras allá afuera arde el sol del verano!
Alma errante por el espacio,
¿cuál es ese triste estribillo
que concluye de nuevo tus cavilaciones?
"¡Oh, por el día en que duerma sin nombre,
sin memoria ni deseo!
Y que la lluvia me empape,
que la nieve me cubra,
sin que nada me importe.
Ni cielo prometido
podría saciar estos impulsos salvajes,
ni infierno alguno doblegar esta voluntad
que no cesa ni se rinde."
Así lo dije,
y aún hoy lo repito.

Y seguiré diciéndolo
hasta el último aliento:
"Tres dioses pugnan dentro de este
frágil cuerpo,
día y noche, sin tregua.
El cielo no podría contenerlos a todos,
y sin embargo...
todos habitan en mí."
Y ha de seguir siendo así,
hasta que olvide
quién soy.
"¡Oh, por el instante en que su lucha se
extinga!
¡Oh, por la noche definitiva
donde al fin descanse,
y no sufra más!"
Vi un espíritu,
de pie,
justo donde tú estás ahora.
Hace apenas una hora.
Y a sus pies corrían tres ríos,
de igual profundidad,
de idéntico caudal:

uno dorado como la gloria,
otro rojo como la sangre,
y otro azul, puro como el zafiro.
Pero al unirse en su triple abrazo,
se derramaban en un mar negro,
espeso como tinta.
El espíritu alzó entonces su mirada
y la proyectó sobre la noche del océano.
Y de pronto, como un relámpago,
una luz brotó de las aguas…
no blanca como el sol,
sino más blanca,
más viva,
más hermosa
que cualquier fuente de luz que yo haya
conocido.
"Y a ese espíritu,
a ese que vislumbra,
lo he buscado toda mi vida.
Lo he perseguido por cielo, infierno,
tierra y aire.
Una búsqueda sin fin,
siempre errada.
Si tan solo hubiera visto
una vez su ojo encender las nubes

que oscurecen mi razón…
nunca habría lanzado este grito cobarde
de cesar el pensamiento
y anhelar el olvido.
Nunca habría llamado bendito
al descanso sin conciencia.
Ni habría extendido mis manos,
ansiosas, hacia la muerte,
rogando por un sueño sin alma.
¡Oh, déjame morir!
Para que el poder y la voluntad
pongan fin a su duelo.
Que el bien y el mal,
vencidos los dos,
se fundan,
por fin,
en un solo
reposo."

***

RECUERDO

De: Emily Brontë

(Versión adaptada al estilo de Gordon McAllister)

Fría en la tierra…
y la nieve, honda y silenciosa,
amontonada sobre ti.
Lejos, tan lejos,
sepultada en la sombra de la tumba.
¿Te he olvidado,
mi único amor,
desgarrado por la ola inquebrantable del tiempo?
Ahora,
cuando el silencio me envuelve,
ya no vagan mis pensamientos
sobre aquellas montañas del norte,
ni buscan posarse donde el brezo y el helecho
cubren tu noble corazón,
para siempre…
para siempre.
Fría en la tierra…
y quince inviernos salvajes

han barrido aquellas colinas color pardo,
fundiéndose una y otra vez en primavera.
Fiel, en verdad,
es el espíritu que aún recuerda
tras tantos años de mudanza y dolor.
Amor dulce de juventud,
perdona si a veces te olvido,
mientras la corriente del mundo me arrastra
sin tregua.
Otros deseos,
otras esperanzas me cercan,
esperanzas que empañan,
pero no logran herirte.
Ninguna luz posterior iluminó mi cielo,
ninguna segunda aurora brilló para mí.
Toda la dicha que mi vida conoció
me fue dada por la tuya,
y con tu partida
toda esa dicha se sepultó contigo.
Pero cuando los días de los sueños
dorados se extinguieron,
cuando ni siquiera la desesperación
pudo ya destruirme…

Entonces aprendí que se puede
vivir —sostenerse—
sin el auxilio de la alegría.
Contuve las lágrimas inútiles
de una pasión sin destino.
Desteté mi alma joven
del ansia de correr hacia ti,
del deseo ciego
de fundirme con tu tumba,
más mía que tuya.
Y, aun así,
no me atrevo a dejar que el recuerdo se
marchite,
ni me atrevo a abandonarme
al fulgor desgarrador de la memoria.
Porque,
una vez que se bebe profundamente
de esa angustia sublime,
¿cómo se vuelve a buscar algo
en este mundo vacío?

***

UNA ESCENA DE MUERTE

De: Emily Brontë

(Versión adaptada al estilo de Gordon McAllister)

—¡Oh, día! —
no puedes morir
cuando brillas con tanta belleza.
Oh Sol, declinando
tan sereno en tu cielo glorioso...
No puedes marcharte aún,
mientras los vientos del oeste
soplan frescos
y tu luz alegre
se posa sobre su joven frente.
Edward… despierta.
La tarde dorada brilla
cálida y radiante sobre el lago de Arden.
Despierta de tus sueños.
Junto a ti, sobre mi pecho,
te imploro,
mi querido amigo…
que te demores una hora más
antes de cruzar ese mar eterno.

Oigo rugir sus olas.
Las veo espumar, altas, furiosas.
Pero ningún atisbo
de una orilla lejana
ha bendecido aún mi fatigada mirada.
No creas lo que dicen
de las islas del Edén.
¡Vuelve!
Vuelve de esa oleada tumultuosa
a la tierra que te vio nacer.
No es la muerte —sino el dolor—
lo que pugna en tu pecho.
No… ¡reanímate, Edward!
¡Despierta otra vez!
¡No puedo dejarte descansar!
Una larga mirada me respondió…
una mirada muda,
repleta de reproche sereno.
Me dolió más que cualquier palabra.
Su silencio me pidió
lo que mis súplicas no podían ofrecerle.
Y entonces,
una calma inesperada
amordazó el grito interno
de mi desesperación.

Ni una señal más de dolor
agitaría mi alma
aquel día terrible.
El sol poniente palideció
en la colina distante.
La brisa del crepúsculo
trajo su paz.
El rocío de verano cayó,
silencioso,
sobre los árboles dormidos,
sobre la cañada,
sobre el claro.
Entonces,
sus ojos comenzaron a apagarse,
como vencidos por un sueño
sin retorno.
Sus pupilas se tornaron opacas,
nebulosas,
como si fuesen a llorar…
Pero no lloraron.
No brillaron.
No se cerraron.
Quietas…
no vagaron,

ni descansaron.
Y supe que moría.
Se inclinó levemente.
Alzó, por última vez,
su cabeza fatigada…
No sentí aliento,
no oí suspiro.
Así supe que estaba muerto.

***

CANCIÓN

De: Emily Brontë

(Versión adaptada al estilo de Gordon McAllister)

El pardillo canta en los desfiladeros rocosos,
la alondra se eleva en el cielo,
y la abeja zumbante se desliza
entre las campanillas de brezo
que ocultan el sueño de mi bella dama.

Los ciervos salvajes cruzan sobre su pecho,
las aves del bosque anidan junto a ella,
y aquellos a quienes acarició con su risa
han abandonado su soledad.

Tal vez, cuando el oscuro muro de la tumba
selló su forma para siempre,
pensaron que sus corazones
jamás volverían a tocar la luz de la dicha.

Imaginaban que la marea del dolor
habría de fluir, interminable,
a través de todos los años venideros.

Pero dime, ¿dónde está ahora aquella angustia?
¿Dónde están todas sus lágrimas?
Porque ya luchan por el aliento del honor,
o persiguen la sombra fugaz del placer;
y quien mora en la tierra del olvido
también ha cambiado, también ha sido olvidado.
Y si sus ojos aún se alzaran para llorar,
hasta secar la fuente del sufrimiento,
¡ella, desde su sueño apacible,
no devolvería ni un suspiro!
Sopla, viento del oeste, sobre el túmulo solitario.
Murmurad, arroyos de verano,
vuestro canto es suficiente —
no hace falta ningún otro sonido
para calmar los sueños de mi dama.

ANTICIPACIÓN

De: Emily Brontë
Versión adaptada por Gordon McAllister

¡Qué hermoso sigue siendo el mundo para ti,
tan pleno de promesas, tan leve en su pena!
Tan leve, que ni el verdadero dolor
ni las sombras del temor logran abatirte.
¿Cómo es que la primavera aún te canta sus himnos
y el verano te hace olvidar el aliento frío de diciembre?
¿Por qué atesoras aún los deleites de la juventud
cuando sus días ya se han ido,
y estás más cerca de su flor marchita que de su brote?
Quienes fueron tus pares,
en fortuna y en años,
vieron sus amaneceres fundirse en lágrimas,
y el sol de sus días
velarse tras nubes sin sonrisa.
¡Bienaventurados, si murieron jóvenes,
antes de conocer la herida del extravío!

Pobres almas cautivas,
presas fáciles de pasiones voraces,
esclavos rendidos a su propio fuego...
Yo, en cambio, esperé mientras otros gozaban,
y, cuando la dicha llegó, la esperanza ya había muerto.
Como un niño crédulo que anhela el descanso,
yo abracé el porvenir,
sin saber que el porvenir es solo niebla.
Un espíritu sabio me habló al oído:
"No esperes que la vida calme tus ansias;
no habrá fase alguna del gozo terrenal
que no se disuelva o se vuelva amarga".
Así lo vi, y no perseguí
las flores fugaces del deseo.
Con paso firme y rostro sereno,
me alejé de esa carrera ciega.
Miré más allá de las arenas
donde el oleaje borra cada huella,
y fijé mi ancla en los mares eternos:
allí reposa ahora mi deseo,
en las honduras de la eternidad desconocida.

Y jamás dejará de buscar
lo que aún *ha de ser*.
Es la esperanza, ese sortilegio,
quien embellece para mis ojos maduros
los incontables misterios del mundo,
lo temible y lo bello por igual.
Ella alivia las penas que ya conozco
y mitiga el dolor que siento por otros.
Es ella quien me da fuerza
para soportar lo que me fue dado.
¡Oh esperanza, dulce consoladora!
¿No podré enfrentar, con la frente erguida,
la sombra de la tumba?
¿No podré sonreír al oír las olas
golpear la orilla final?
Sí. Porque si tú me sostienes,
cuanto más cruel parezca el destino presente,
con más júbilo mi alma se alzará,
segura en ti,
anticipando la plenitud del destino que
aguarda.

***

EL PRISIONERO (FRAGMENTO)

De: Emily Brontë
(Versión de Gordon McAllister)

En las criptas de la mazmorra vagué,
como quien ignora que en las piedras aún respiran las penas.
"¡Abre esas rejas oxidadas! ¡Vamos, carcelero sombrío!"
Y aunque no quiso, no osó negarse.
Las bisagras chillaron como si despertaran a los muertos.
"Están hondamente guardados", murmuré,
al ver la estrecha cúpula que dejaba pasar apenas
un retazo de cielo, gris y apagado.
Era primavera allá afuera —una primavera riendo—
pero aquí, solo penumbra.
"Sí, bastante oscuramente guardados", respondió el guía, con su voz como roca.
Y yo, imprudente en mi juventud,
me burlé del tintinear de las cadenas
sobre losas húmedas y frías:

“¿Tanto temen a tus prisioneros
que deben ser atados y silenciados?”
Entonces ella alzó el rostro,
sereno como un ícono de mármol,
dulce como un niño que aún no ha probado el llanto.
Ninguna arruga de dolor surcaba su frente,
ninguna sombra de pena nublaba sus ojos.
Se tocó la sien con la mano,
y dijo con una voz clara y honda:
“Me han herido, y sí, sufro.
Pero ni acero ni piedra
podrán retenerme por siempre.”
El carcelero se rio con desdén.
“¿Y crees que esa esperanza vacía conmoverá a alguien aquí?
Ni tu ruego romperá el corazón de quien manda,
ni el sol hará fluir estas piedras como agua.”
Ella sonrió, casi compasiva.
“No me has oído llorar”, respondió.
“Cuando me devuelvan la vida que he perdido,
cuando resuciten a los que amé,
entonces lloraré. Pero no antes.”

"Mis captores pueden creer que he sido condenada
a una cadena de años sin fin,
a la ruina del alma.
Pero cada noche llega un mensajero —
una promesa oculta en el viento del oeste—
y me ofrece, por esta corta vida,
una libertad eterna."

"Llega en el crepúsculo,
cuando las estrellas tiemblan más espesas en el cielo,
cuando la brisa murmura con tono solemne,
y las visiones llegan, se transforman,
y me matan…
no de dolor, sino de esperanza."

"Es entonces cuando todo ruido cesa,
y la angustia pierde sus garras.
Una música sin sonido me envuelve,
una armonía no compuesta en la tierra."

"Y entonces, lo invisible despierta,
y la verdad se revela.
Ya no soy cuerpo, sino esencia;
ya no soy prisionera, sino viajera."

"¡Ah, pero terrible es el regreso!
Cuando vuelven el oído, la vista,

el latido de un corazón que no quiere seguir.
Y la carne se siente carne otra vez,
y la cadena pesa como nunca."

"Pero no, no cambiaría el tormento.
Porque cada aguijón, cada herida,
me acerca más al salto final.
Sea un fuego o una luz lo que me reciba,
si me anuncia la muerte… entonces es
divina."

Y calló.
Y nosotros, sin palabras, dimos la espalda y
nos fuimos.
No teníamos poder sobre su destino.
Sus ojos, su mejilla encendida,
gritaban con una calma invencible
que el juicio del hombre
había sido revocado por el cielo.

***

ESPERANZA
De: Emily Brontë
Versión de Gordon McAllister

La Esperanza no era más que una
amiga tímida.
No se atrevía a entrar,
y desde afuera,
junto a la reja de mi celda interior,
se limitaba a observar
el tejido incierto de mi destino,
como hacen los hombres de corazón
mezquino.
Temía demasiado.
Una vez, en un día gris de tantos,
me incliné hacia los barrotes,
para verla, para buscar en su rostro una señal.
Pero ella…
ella giró la cara,
como un centinela falso,
como quien promete auxilio y luego huye.
Aun así, en mitad de la lucha,
susurraba una tregua,
entonaba cantos suaves mientras mis
lágrimas caían.

Y si la oía con fuerza, si me aferraba a su voz,
ella desaparecía.
No era fiel.
Ni compasiva.
Cuando mis últimas alegrías cayeron al suelo,
como hojas secas de un árbol moribundo,
ni siquiera el dolor —ese viejo conocido—
pudo evitar sentir piedad ante su ausencia.
Las reliquias de mi gozo,
marchitas y esparcidas,
aún podrían haber hallado consuelo en un
susurro de ella.
Solo uno.
Pero no.
La Esperanza extendió sus alas,
y voló hacia el cielo.
Me dejó.
Y jamás regresó.

***

UN DÍA DE VERANO

De: Emily Brontë
Versión de Gordon McAllister

En una meseta bañada por el sol, me recosté una tarde de verano.
Era la hora del desposorio entre Mayo y su joven amante: Junio.
El corazón de la madre se resistía a desprenderse de la reina adornada,
pero el padre sonreía con ternura, abrazando a la hija más bella que la estación jamás le dio.

Los árboles ondeaban sus crestas plumosas,
los pájaros entonaban cánticos jubilosos;
y yo —yo era el único invitado sombrío en esa boda de luz.
No había rostro que no deseara esquivar mi expresión ajena al júbilo.
Hasta las rocas grises, fijas, me interpelaban:
"¿Qué haces aquí?"
Y no supe responder.
En verdad, no lo sabía.

Había traído un ojo nublado
para saludar el esplendor general.
Entonces, me retiré a un ribazo solitario
y, abrazado a mi corazón, me entregué al ensueño.
Pensamos juntos:
"Cuando vuelva el invierno,
¿qué quedará de este fulgor?
Todo esto se desvanecerá como una visión vana,
una burla que nunca fue real.
"Los pájaros que hoy celebran,
mañana cruzarán desiertos helados,
espectros de una primavera extinguida,
agonizantes en su travesía.
¿Y por qué habríamos de alegrarnos?
La hoja apenas asoma su verdor,
cuando ya lleva impreso el signo de su caída."
Si eso fue real o simple delirio, nunca lo supe.
Lo cierto es que, tendido en el páramo,
sentí mil fuegos encenderse en el aire,
mil liras de plata vibrar en la distancia.

El aire que respiraba parecía encendido
de chispas divinas,
y todo mi lecho de brezo ardía en un
resplandor sobrenatural.

Y mientras la tierra vibraba con esa
música extraña,
pequeños espíritus luminosos me cantaban, o
tal vez soñé que lo hacían:

["¡Oh mortal, mortal, déjalos morir!
Deja que el tiempo los disuelva,
que las lágrimas los arrastren,
para que el cielo pueda derramarse
en júbilo sin fin.

"Que el dolor oprima el pecho,
que la noche oscurezca el sendero;
eso los apura hacia el descanso sin fronteras,
y hacia un día sin ocaso.

"Para ti, el mundo es tumba, desierto,
orilla baldía;
para nosotros, es un florecimiento sin
nombre,
que no cesa de crecer.

"Y si levantáramos el velo, si tan solo
permitiéramos
un vislumbre de lo eterno,

te alegrarías por los que viven…
porque viven solo para morir."]
La música cesó.
El sueño del mediodía,
como el de la noche, se desvaneció.
Pero la fantasía, aún hoy,
insiste en creer que fue cierto lo que allí ocurrió.

***

A LA IMAGINACIÓN

De: Emily Brontë
Versión de Gordon McAllister

Cuando, agotado por las penas del día interminable,
y tras el tránsito sombrío de dolor en dolor,
me siento perdido, al borde de la desesperanza,
tu voz dulce me llama,
y acude a mí como un viejo y fiel amigo.

¡Oh, tú, presencia verdadera!
Jamás estoy solo mientras tu susurro me alcance.
El mundo, sin ti, es un desierto sin nombre;
más en tu reino,
donde no se alzan el engaño, la duda ni el odio,
donde la sospecha muere antes de nacer,
yo hallo un refugio que vale el doble que la vida.

Allí tú, la Libertad y yo,
reinamos sin temor, sin mandato, sin cadenas.

¿Qué importa si fuera acechan la culpa,
el abismo y la noche sin fondo?
Si en el pecho guardamos un cielo sereno,
cálido con mil fuegos que no conocen
invierno,
¡entonces no hay derrota que nos toque!

La Razón puede alzar su voz
quejumbrosa,
puede señalar la miseria de lo real
y decirnos que todo sueño es inútil —
que el corazón que sueña está condenado a
sangrar.

La Verdad, severa, puede marchitar las
flores
recién abiertas de la Fantasía,
pisoteándolas con sus botas de plomo…

Pero tú —tú nunca te ausentas.
Tú devuelves la visión,
tú reanimas la primavera que murió,
y soplas vida nueva en las cenizas del alma.

Tú murmuras, con voz de estrella,
que existen mundos tan reales como tú,
tan brillantes, tan vastos,
que la muerte no puede tocar sus confines.

No, no deposito mi fe en la dicha ilusoria.
Pero cuando llega la tarde,
y el silencio me abraza con su manto,
yo te recibo con gratitud profunda,
¡oh Poder Benigno!
Solucionador de las penas humanas,
consuelo secreto de los desesperados,
¡más dulce que la esperanza cuando la esperanza ya no basta!

***

¡QUÉ CLARO BRILLA!

De: Emily Brontë
Versión de Gordon McAllister

¡Qué claro brilla! Qué quieto me tiendo
bajo su luz que todo lo vela;
el cielo y la tierra me murmuran al oído:
"Duerme en sueños esta noche…
mañana, despierta con la estrella."
Sí, acude, Fantasía, hada amada,
besa estas sienes que laten con fiebre,
inclina tu manto sobre mi lecho solitario,
y tráeme paz,
y tráeme gozo.
El mundo se va...
¡Mundo oscuro, adiós!
Escóndete en la sombra hasta que llegue el alba;
porque este corazón que no te pertenece,
ha de resistirte,
aunque insistas en quedarte.
Tu amor no me tienta,
y tu odio apenas arranca una sonrisa;
puedes herirme con tus penas,

puedes desgarrarme con tus agravios,
pero jamás me engañarás con tus mentiras.

Mientras las estrellas resplandecen
sobre mí, en ese cielo inmóvil,
me asalta un deseo profundo:
que todo el dolor que sufre la Creación
esté encerrado sólo en ti.

Y ese será mi sueño esta noche:
pensaré que el cielo de esferas gloriosas
rueda en su danza de luz perpetua,
en un júbilo sin final,
a través de los siglos sin fin.

Pensaré que hay un mundo más alto,
donde la sabiduría no se burla del amor,
ni la virtud se arrodilla ante la infamia;
donde el que sufre no ha de sonreír
mientras se desangra por dentro,
ni medir su paciencia contra el odio,
ni fingir calma cuando su alma se rebela.

Donde el placer no lleva al mal,
ni la razón grita en vano,
ni la verdad es débil,
ni la traición triunfa.

Donde la alegría no desemboca en el
dolor,

ni la paz es letargo de la pena,
ni la esperanza un espectro sin cuerpo,
ni la vida una tarea hueca y fugaz,
ni la muerte —¡oh, la muerte! —
la déspota de todas las cosas.

***

SIMPATÍA
De: Emily Brontë
Versión de Gordon McAllister

No debe haber desesperación para ti,
mientras las estrellas ardan en la noche;
mientras la tarde vierta su rocío silente,
y el sol abrace la aurora con su luz.
No debe haber desesperación,
aunque las lágrimas fluyan como un río:
¿no están los amores más fieles del tiempo
rodeando tu alma por siempre?
Ellos lloran, tú lloras;
así ha de ser.
Los vientos suspiran como tú suspiras,
y el invierno derrama su pena en la nieve
donde yacen las hojas del otoño.
Sin embargo, ellas resurgen.
Y de su destino no puedes escindirte.
Sigue, pues, tu camino —
no alegre tal vez—
pero jamás con el corazón vencido.

RUEGA POR MÍ

De: Emily Brontë
Versión de Gordon McAllister

¡Oh, tus ojos brillantes deben hablar ahora!
Cuando la razón, con su frente altiva,
se burla de mi ruina.
¡Que tu dulce lengua abogue por mí!
Y diga por qué, entre todos,
te he elegido a ti.
La severa razón baja para juzgar,
vestida de sombras y formas frías.
¿Permanecerás callado, defensor mío?
No.
Ángel resplandeciente, habla por mí,
y di por qué deseché al mundo.
Por qué, en vez de seguir los senderos del resto,
me aventuré por uno extraño,
ajeno al oro y al poder,
a la corona de la gloria,
y al perfume efímero del placer.
Esos dones, en otros tiempos,
me parecieron celestiales.

Quizás, incluso, escucharon mis votos,
y vieron mis ofrendas en su altar.
Pero los dones dados sin pasión
pocas veces son bienvenidos;
y los míos,
fueron justamente despreciados.
Así, con el alma resuelta,
juré no volver a arrodillarme
ante su piedra fría.
Y en su lugar,
entregué mi espíritu a adorarte a ti,
presencia esquiva,
mi esclavo,
mi camarada,
mi rey.
Esclavo, porque aún yo te domino,
te obligo a inclinarte a mi voluntad
cambiante,
y a teñir con tu influjo lo bueno o lo vil.
Camarada, porque de día y de noche
eres mi secreto regocijo:
mi dulce dolor que hiere y rasga,
y me arranca lágrimas benditas
al dejarme vacío de lo terrenal.

Y rey…
aunque la prudencia haya enseñado
a tu súbdito a rebelarse.
¿Me equivoco al adorar
donde ni la fe duda,
ni la esperanza se rinde?
¿Puede acaso mi alma concederme
lo que mi corazón implora?
¡Habla, dios de las visiones!
¡Defiéndeme!
¡Y di por qué te he elegido!

***

AUTOINTERROGACIÓN

De: Emily Brontë
Versión de Gordon McAllister

La tarde se esfuma rápidamente.
Ya casi es hora de descansar.
—¿Qué pensamientos te ha dejado el día extinguido?
—¿Qué sentimientos arden aún en tu pecho?
—¿El día que se fue? Deja un sabor a obra incompleta,
una cosecha mínima tras un gasto inmenso...
una vaga pena, nada más.
—El Tiempo se detiene
ante el umbral de la Muerte,
y se quiebra en su lentitud amarga.
La Conciencia, incansable,
me derrama su reproche oscuro.
Y aunque le grité que miente,
y al Tiempo que no me condene,
el Arrepentimiento empaña mi mirada
y me rindo, al fin, ante ambos.
—¿Entonces deseas el descanso?
¿Anhelas dejar el mar embravecido

y anclar tu carga en la quietud
de la eternidad?
—Nadie llora tu partida.
Ninguna voz pronuncia un adiós.
Y donde tu corazón ha sufrido tanto,
¿realmente deseas quedarte?
—¡Ay! Los lazos son fuertes,
nos atan con firmeza a esta arcilla.
El alma que ama
se aferra con fiereza,
y no partiría si pudiera.
—El descanso es dulce
cuando la fama victoriosa corona al soldado.
Pero un corazón valeroso,
con su nombre mancillado,
preferiría seguir luchando… que dormir.
—Has combatido durante años,
has combatido toda una vida.
Has humillado a la mentira,
has pisoteado el miedo.
¿Qué más queda por hacer?
—Es cierto.
Este brazo luchó con furia.
Se atrevió donde pocos se atreven.
Mira la tumba que te espera:

allí duerme tu último,
tu más implacable enemigo.
No es cobardía llorar
si ese descanso parece pena.
La larga guerra termina en derrota,
una derrota serenamente llevada.
Y aun así,
tu medianoche puede ser dulce...
y el amanecer, glorioso.

***

MUERTE
De: Emily Brontë
Versión de Gordon McAllister

¡Muerte…!
Tú que golpeaste justo cuando más confiaba,
cuando creía firme
que la alegría aún venía en camino…
¡Golpea de nuevo!
Rama marchita del tiempo,
que se desgaja de la raíz fresca
de la eternidad.
Sobre esa rama del tiempo
las hojas brillaban, llenas de savia,
coronadas de rocío de plata.
Cada noche los pájaros buscaban su abrigo.
Las abejas silvestres la rondaban,
seducidas por sus flores encendidas.
El dolor pasó,
y arrancó la flor dorada.
La culpa vino,
y despojó de orgullo su follaje.
Pero en el seno eterno de su origen
fluía todavía la corriente viva,

restauradora,
silenciosa,
indetenible.
No lloré demasiado por la alegría
perdida,
por el nido vacío
o la canción silenciada.
La esperanza seguía allí,
y me sacó de la pena,
susurrándome:
"El invierno no durará."

Y he aquí que, con una bendición
diez veces más brillante,
la primavera volvió,
cargada de gloria y de rocío.
El viento, la lluvia, el sol ardiente,
todo conspiró para engrandecer
ese segundo mayo.
Se alzó entonces…
tan alto,
que ni la pena con alas pudo tocarla.
El pecado la miraba desde lejos,
asustado por su fulgor.
El amor,

y su propia alma,
la protegían de todo mal…
de todo,
salvo de ti.
¡Muerte cruel!
Las hojas jóvenes caen, se marchitan,
y el aire suave de la tarde puede aún
devolverles la vida…
Pero no esta vez.
No para mí.
El sol de la mañana se burla de mi
duelo.
El tiempo, para mí,
no volverá a florecer jamás.
Que otras ramas broten
donde creció aquel árbol truncado.
Que de su cuerpo muerto
surja alimento para aquello
de donde todo proviene:
la eternidad.

***

ESTROFAS A
De: Emily Brontë
Versión de Gordon McAllister

Algunos te odiarán,
otros te despreciarán,
otros simplemente borrarán tu nombre…
Pero mi corazón,
triste aún en su madurez,
llorará siempre tus esperanzas arruinadas,
tu fama mancillada.
Así pensaba,
hace apenas una hora,
llorando por la suerte de ese desdichado...
Una palabra, una sola,
bastó para detener el río de mis lágrimas,
y encender en mis ojos
el fuego helado del desprecio.
Entonces exclamé, casi con alivio:
"¡Bendito sea el polvo amigo
que oculta tu cabeza sin luto!
Tan vano como eras,
y tan débil como vano —
esclavo de la mentira, del orgullo,
y del dolor —

nada hay en ti
que se parezca a mi alma.
Tu espíritu no tiene poder sobre el mío."
Pero esos pensamientos…
también se desvanecieron.
Eran necios,
impíos,
y falsos.
¿Debo despreciar al ciervo tembloroso
solo porque sus patas ceden al miedo?
¿Burlarme del aullido del lobo moribundo
por su cuerpo flaco y vencido?
¿Acaso escucharía con gozo
el grito del lebrato,
solo porque no supo morir con valentía?
¡No!
Entonces deja que el corazón de la
Piedad vuelva a alzarse,
y diga en voz clara:
"Tierra, recuéstate con dulzura sobre
su pecho,
y tú, Cielo bondadoso, concede a su alma
el descanso."

***

MÁRTIR DEL HONOR

De: Emily Brontë
Versión de Gordon McAllister

La luna está plena en esta noche de invierno.
Pocas estrellas brillan,
pero su luz es clara…
Cada ventana resplandece con hojas de escarcha,
como si el mundo entero hubiera sido tallado en hielo.
La dulce luna se filtra por entre tu celosía,
y convierte tu habitación en un remanso de día,
donde duermes,
sosegada,
protegida por tus sueños.
Mientras tanto,
yo vago —
sin descanso,
sin esperanza,
con la angustia clavada en el pecho
como una daga que no sangra.

El viejo reloj del vestíbulo
marca cada hora con ecos fúnebres,
y en cada tic
la noche parece más larga…
Oh, ¡qué lenta cruza esa estrella gris el cielo helado!
¡Y qué lejos la aurora,
qué lejos…!
Estoy aquí,
frente a tu puerta cerrada.
Amor, ¿sigues durmiendo?
Mi corazón helado apenas late ya bajo mi mano,
como si presintiera la tumba de lo que no puede ser.
El viento del este solloza afuera,
con gemidos lúgubres que ahogan la campana de la torre,
cuyo sonido,
confuso,
muere sin eco —
como mi despedida.

Mañana vendrá la vergüenza,
y con ella el desprecio.

Mi nombre será pisoteado,
marcado como el del cobarde,
el traidor,
el que rompió el juramento…
Los falsos amigos burlarán con
sonrisas sucias;
los verdaderos desearán mi muerte;
y tú…
derramarás lágrimas que nunca debiste
conocer.
Los crímenes de mis ancestros —esa
raza proscrita—
resplandecerán, entonces,
como virtudes
al lado del mío.
Porque ¿quién perdona la infamia
de la traición?
La rebelión puede llamarse justicia
si la libertad la guía.
La venganza puede empuñar una espada
con manos nobles.
Pero el traidor…
¡el traidor!
—esa palabra
nausea todo pecho honesto.

Daría mi corazón a la muerte
para conservar mi honor intacto.
Pero mi fe,
mi verdad interior,
mi nombre limpio…
¡eso no lo vendo!
Ni siquiera por ti,
ni por tu amor sin precio,
me atrevo, amada mía,
a engañar.
Si alguna vez esta traición llega a
probarse, entonces,
y solo entonces, créelo.
Hasta entonces,
sé que el sendero está ante mí —
y lo seguiré sin temblar,
aunque me hunda en abismos.
Que me persigan los enemigos,
que los aliados duden de mí,
que todos me den la espalda…
Prefiero ser falso a los ojos del mundo,
si puedo seguir siendo fiel
ante los míos.

***

ESTROFAS
De: Emily Brontë
Versión de Gordon McAllister

No lloraré por tu partida.
Nada queda aquí que merezca lágrimas.
Este mundo oscuro me dolerá el doble
si allá donde vas tu corazón ha de sufrir.
No lloraré,
porque incluso el verano más glorioso
termina envuelto en tristeza;
y toda historia,
por dichosa que sea,
se cierra siempre con una tumba.
Ya estoy cansado…
Cansado del tormento que traen los inviernos sin fin,
cansado de ver las almas
marchitarse en años que no dan fruto,
en esperas huecas,
en esperanzas muertas.
Y así,
si alguna lágrima se escapa de mí
en la hora en que mueras,
no será por tu ausencia…

Será
porque mi alma
también anhela
irse contigo
al descanso.

***

MI CONSOLADOR

De: Emily Brontë
Versión de Gordon McAllister

Bien lo has dicho.
Pero no has traído a mí
nada nuevo, ni extraño.
Tan solo has despertado un pensamiento
dormido,
un rayo tibio escondido bajo la nube,
esperando su momento
para brillar en mi conciencia.
Muy dentro,
en el recodo más oculto de mi alma,
esa luz ha estado siempre:
invisible a los hombres,
inalcanzable al juicio,
pero constante.
Aunque las sombras rueden sobre mí,
aunque la tormenta me sacuda,
ella no se apaga.
¿Y no me dolía
caminar solo
tantos años
por estos parajes sombríos?

Rodeado de lamentos —
algunos disfrazados de himnos,
otros gritando su miseria
en un delirio sin fin.
Eran mis hermanos en el sufrimiento,
sus sonrisas, gemidos disfrazados.
Su locura
rozaba mi cordura,
y cada día me arrancaba
una nueva duda
con garras de espanto,
incluso ante la dicha.
Así viví:
con la luz del Cielo sobre mi frente,
y el eco del Infierno bajo mis pies.
Mi espíritu bebía ambos tonos,
la melodía de los ángeles
y el gemido de los condenados.
Y lo que eso dejó en mí,
solo mi alma,
mi alma desnuda,
podría explicarlo.
Eres como el aire dulce
que llega sobre un mar enfurecido.
Como el viento del deshielo

que, sin decir palabra,
disuelve la nieve en un campo olvidado.
No…
nada se parece del todo a ti,
mi silencioso y fiel Consolador.
Di una palabra más.
Apaga el fuego agrio que aún arde.
Amansa este corazón en guerra consigo mismo.
No busques otra señal
de lo que tu voz ha causado…
Solo deja que esta lágrima
—única, honda y silenciosa—
hable por mí.

***

EL VIEJO ESTOICO

De: Emily Brontë
Versión de Gordon McAllister

Poco estimo la riqueza,
y del amor me río
con el desprecio de quien ha visto
demasiado.
La sed de fama fue un sueño fugaz,
que se disolvió al amanecer.
Y si aún elevo una plegaria —
una sola,
breve como un suspiro —
es esta:
"Quita de mí este corazón que llevo,
y dame libertad."
Sí,
a medida que mis días raudos
se acercan a su término,
eso es lo único que pido:
Un alma sin cadenas,
que viva y muera
con el valor
de resistir.

***

En este poema, Emily manifiesta:

Las siguientes piezas fueron compuestas al anochecer, en el aula de la escuela, cuando el ocio de la hora del recreo vespertino traía de vuelta, en plena marea, los pensamientos del hogar.

I.
De: Emily Brontë
Versión de Gordon McAllister

Un rato, solo un rato,
la carga queda atrás,
y puedo cantar — sonreír también —
mientras dura el respiro fugaz.
¿Adónde irás, corazón asediado?
¿Qué escena, qué imagen te llama?
¿Qué lugar, cercano o remoto,
te ofrece descanso, frente cansada?
Hay un sitio entre cerros estériles,
donde el invierno aúlla y la lluvia golpea;
mas, aunque hiela la tormenta sombría,
una llama secreta aún calienta.

La casa es antigua, los árboles
desnudos,
la cúpula del crepúsculo sin luna se inclina;
pero dime, ¿qué hay en la tierra
tan querido como el hogar del hogar?
El ave muda posada en la piedra,
el musgo que escurre sobre el muro,
los espinos mustios, los senderos vencidos
—
¡los amo! ¡cómo los amo todos!
Y mientras meditaba en la estancia
despojada,
la ajena luz del fuego se extinguió;
y de la sombra muda y desolada
pasé a un día claro, limpio, vivo.
Un carril verde se abría
hacia un páramo en calma extendido;
a lo lejos, montes azules soñaban,
coronando el mundo en olvido.
Cielo tan puro, tierra en reposo,
aire dulce, sosegado, leve;
y profundizando aquel hechizo onírico,
ovejas salvajes pastaban, sin jefe.
Conocía bien la escena y su andar,
la huella turbia del sendero,

que en espirales seguía el azar
de las ovejas y su destierro.
Una hora bastaba —
habría valido una semana entera;
pero la Verdad desterró la Fantasía,
y el peso del deber se impuso como fiera.
Aun con los ojos fijos,
embriagados en aquel encanto silente,
mi hora de reposo se deshizo,
y volvieron el trabajo, la esclavitud, la mente.

***

II. LA CAMPANILLA AZUL
(El Bluebell).
De: Emily Brontë
Versión de Gordon McAllister

La campanilla es la flor más dulce
que ondea en el aire del estío:
sus pétalos tienen el poder
de aliviar las penas de mi alma.

Hay un hechizo en el brezo púrpura,
demasiado salvaje, tristemente amado;
la violeta exhala su aliento fragante,
pero su perfume no alegra el corazón.

Los árboles desnudos, el sol es frío,
y rara vez, rara vez se deja ver;
los cielos han perdido su oro,
y la tierra su manto de esmeralda.

El hielo extiende su sombra
sobre el curso lento del arroyo;
y valles y colinas lejanas
se visten de bruma helada.

La campanilla ya no me hechiza,
el brezo ha perdido su floración;
ni siquiera las violetas del cañaveral
ofrecen ya dulzura en su aroma.

Mas, aunque llore por la campanilla azul,
sé que es mejor que esté lejos;
porque ¡ay!, mis lágrimas se desbordarían
si la viera sonreír hoy.

Porque, ¡oh!, cuando el sol débil se cuela
por un cielo tan gris y sombrío,
y dora con su luz pasajera
la humedad de una vieja pared...

¡Cómo lloro, cómo anhelo
el tiempo de las flores volver!
Y aparto la mirada de ese brillo fugaz
para llorar por los campos del hogar.

***

III.

Versión de Gordon McAllister

Fuerte sin el viento rugía a través del cielo otoñal;

Empapada, la fría lluvia que caía hablaba de la proximidad del invierno.

Demasiado parecido a aquella lúgubre víspera, se afligió mi espíritu exiliado.

Afligido al principio, pero afligido no mucho tiempo, Dulce - ¡qué suavemente dulce!.

Palabras salvajes de una canción antigua, indefinida, sin nombre.

"Era primavera, y la alondra cantaba:" Esas palabras despertaron un hechizo;

Abrieron una fuente profunda, cuyo manantial, Ni la ausencia, ni la distancia pueden apagar.

En la penumbra de un noviembre nublado Pronunciaron la música de mayo; Encendieron la brasa perecedera En fervor que no podía decaer.

¡Despierta!, sobre todo mi querido páramo, Viento del Oeste, ¡en tu gloria y

orgullo! Llámame desde el valle y la llanura para que camine junto al torrente de la colina.

Se hincha con las primeras. Las rocas están heladas y escarchadas.

Y ondea hoscamente el largo brezo.

Y las hojas del helecho ya no están soleadas. No hay estrellas amarillas en la montaña. Las campanillas hace tiempo que murieron.

Desde el borde de la fuente cubierta de musgo - Desde el lado de la braza invernal.

Pero más hermoso que los campos de maíz ondeando en esmeralda, vermeil y oro.

Son las alturas donde ruge el viento del norte y los riscos por donde anduve antaño.

Era por la mañana: el sol, con qué dulzura me trajo a la memoria.

El tiempo en que ni el trabajo ni el sueño rompían el sueño de los felices y libres.

Pero alegremente nos levantamos mientras el cielo del amanecer se fundía en ámbar y azul y rápidas fueron las alas que dimos a nuestros pies, al atravesar los prados de rocío.

¡Por los páramos! ¡Por los páramos, donde debería yacer la hierba corta como terciopelo bajo nosotros!

¡Por los páramos! Por los páramos, donde cada alto paso se alza soleado contra el cielo despejado.

A los páramos, donde el pardillo trinaba su canto en la vieja piedra de granito.

Donde la alondra, la salvaje alondra del cielo, llenaba cada pecho con un deleite como el suyo.

¿Qué lenguaje puede expresar el sentimiento que se levantó, cuando en el exilio lejano, la cima de una colina solitaria, arrodillado, vi crecer el brezo pardo...

Estaba dispersa y atrofiada, y me dijo que pronto incluso eso desaparecería:

Susurraba: "Los sombríos muros me envuelven, he florecido en mi último sol de verano". Pero no la música amada, cuyo despertar hace el alma de los suizos.

Tiene un hechizo más adorado y desgarrador, que, para mí, en ese brezal asolado yacía.

El espíritu que se doblegaba bajo su poder, ¡cómo anhelaba - cómo ardía ser libre!

Si hubiera podido llorar en esa hora, esas lágrimas habían sido el cielo para mí.

Bien, bien; los tristes minutos se mueven, aunque cargados de problemas y dolor; y, alguna vez el amado y el amante ¡Se encontrarán de nuevo en las montañas!

***

Poema de Emily Brontë
SIN TÍTULO
Versión: Gordon McAllister

¿Ya no sueña tu alma con la tierra,
oh solitario soñador de antaño?
¿Porque la pasión calla,
se marchita también la voz de la naturaleza?
Tu mente vaga aún, errante,
por regiones sombrías y mudas para ti.
Recuerda —¡ay, recuerda! —
lo vano de tus desvíos,
y vuelve… vuelve a mí.
Sé que mis brisas de montaña
acarician tus sienes y calman tu pena;
sé que mi sol te agrada,
aunque tú, caprichoso, quieras negarlo.
Te he visto cuando el día se funde
con el fulgor dorado de la tarde:
he visto a tu espíritu inclinarse,
casi en adoración.
Te he contemplado cada hora.
Conozco el embrujo de mi influjo,
el poder secreto que tengo
para arrancar de tu pecho las penas.

Pocos corazones hay en esta tierra
que anhelen lo salvaje como el tuyo;
y pocos pedirían un cielo
tan semejante a esta tierra.
Déjame entonces ser tu compañera,
deja que mis vientos te envuelvan.
Si nada más te retiene,
regresa… y habita conmigo.

***

EL VIENTO NOCTURNO

De Emily Brontë
Versión estilizada por Gordon McAllister

Era medianoche de verano.
Una luna sin nubes descendía su resplandor
por la ventana abierta del salón.
Los rosales, cubiertos de rocío,
exhalaban su perfume al silencio.
Yo meditaba a solas.
El viento jugaba con mis cabellos,
y susurraba palabras antiguas,
como si el cielo, en su altura,
y la tierra, en su sueño,
le confiaran un secreto.
No precisaba su aliento
para recordar la hermosura de este mundo,
pero aún así él hablaba,
bajo y quedo,
como si temiera despertar a los muertos:
"Escucha – me decía –,
el bosque será oscuro
y mis hojas murmurarán
como sueños que nadie recuerda;

sus voces – innumerables –
están llenas de alma."
Le respondí con gentileza:
"Vete, cantor sin cuerpo,
tu música es dulce, pero no puede
alcanzarme.
Juega con la flor abierta,
con el ramaje dócil de los árboles jóvenes.
Déjame a mí
en mi humana melancolía."
Mas él no se fue.
Besó con más calor mis mejillas
y volvió a susurrar:
"¡Oh, ven! – su voz era un anhelo –,
te he de ganar contra tu voluntad.
¿No hemos sido amigos desde la infancia?
¿No me amaste en la noche solemne,
cuando el silencio me prestaba su canto?
Y cuando tu corazón duerma
bajo la piedra del cementerio,
yo lloraré por ti,
y tú estarás solo…"
Entonces el viento se tornó vendaval,
y despertó algo dormido en mi interior.
¡Ay! Qué llama roja,

rápida e intensa,
se alzó desde lo profundo.
"Lo sé – murmuró el viento –
por el temblor de tu voz,
por la fiebre en tu rostro,
por la mirada que apenas sostienes…
Sé cómo la fantasía juega contigo.
Ese viento – continuó –
ha barrido el mundo,
ha borrado su memoria de tu mente
como la espuma lo hace en la marea.
Y ahora tú eres más que carne:
eres un espíritu que habita el todo.
En el trueno,
en el susurro,
yo reconozco tu presencia.
Eres esencia de la vida,
liberada de toda prisión.
Cuando tu pecho se enfríe,
cuando tu carne vuelva al polvo,
tu alma subirá
como humo entre las nubes.
La naturaleza profunda será tuya,
su aliento, tu aliento,
su espíritu, el tuyo.

Mortal, sí…
Pero quien ha vivido así,
jamás podrá morir."

***

AMOR Y AMISTAD
De: Emily Brontë
Versión adaptada por Gordon McAllister

El amor es como la rosa silvestre:
bello, indómito, ardiente en su fragancia efímera.
La amistad, en cambio, se parece al acebo:
discreto, firme, perenne en su verdor.
Cuando florece la rosa,
el acebo se oculta en la sombra,
pero… ¿cuál de los dos permanece
cuando el invierno sacude los campos?
La rosa silvestre embriaga en primavera,
y su perfume embellece el aire del verano;
oh, ¡quién podría negar su hermosura fugaz!
Pero el brezo que resiste la escarcha
no canta para agradar: simplemente sobrevive.
Por eso, no codicies la corona de rosas,
ni te engalanes con su esplendor pasajero.
Elige, en cambio, el modesto resplandor del acebo,

para que, cuando diciembre bese tu frente,
una guirnalda viva aún ciña tu memoria.

***

LA REPRIMENDA DEL ANCIANO

De Emily Brontë
(Versión adaptada por Gordon McAllister)

—¡Escucha! —dijo—, cuando tu
cabello, como el mío,
se cubra de un tinte de plata,
cuando tus ojos, antaño vivaces,
vean con desgano las burbujas de la vida,
y hayas cargado, como yo,
el cansancio de los sesenta y tres inviernos,
entonces pagarás la penitencia
por esas horas que tan salvajemente
desperdicias.

Las palabras que ahora se te escurren
como agua
serán algún día profundamente meditadas...
¡y aprobadas al fin!
Pero para entonces su virtud se habrá
marchado.

—Glorioso es el premio del deber,
aunque sea un poder severo;
traicioneros son todos los señuelos de la
belleza:
capullo espinoso, flor envenenada.

La alegría no es sino una dulce seducción
que disuelve el oro del tiempo;
y el amor, un meteoro maldito,
que arrastra pies despreocupados
hacia los abismos del crimen.

Quien sigue los placeres de la tierra
jamás será guiado por el saber celestial;
la sabiduría esconde sus tesoros al necio,
la virtud le cierra el paso sin piedad.

En vano buscará el alma arrepentida
auxilio para sus últimos años:
la sabiduría, despreciada, no concede tregua;
la virtud no se compra con temores.

Así habló el anciano de sangre helada.
Y el joven, sonriendo, se dio media vuelta,
y volvió al llamado de una melodía alegre,
despertada por el toque resplandeciente del placer.

Nunca conoció maestro más amable:
el infortunio, pensaba él,
nunca sería hijo de aquel predicador.

***

EL VAGABUNDO DEL REDIL

Versión adaptada de Gordon McAllister

¡Qué pocos de todos los corazones que
alguna vez te amaron,
hoy lloran tu ausencia!
¿Y por qué el mío, esta noche,
habría de estremecerse con un dolor tan
profundo?
Tan a menudo, cuando permanezco en
silencio,
cuando mis pensamientos vagan sin testigos,
regresa de pronto una palabra suya,
un eco fugaz de tu historia extraña.
A veces me pareces resucitar,
como un niño glorioso y pleno de luz;
todas las virtudes de tus ojos,
que honraban al hombre sin buscar
recompensa:
el coraje, la verdad, un pecho noble donde
habitaba un sol sin sombras.
Eras, simplemente, bendición.
Como un día de verano.
¡Ah, desplegaste tus velas temprano!
Y fresco, puro, libre, fue el primer soplo del

viento que impulsó tu ola hacia la vida.
¿Por qué, entonces, el piloto, tan confiado,
cerró los ojos al espesor del mar,
y entregó su nave
a la guía caprichosa del placer?
Bien sabía cuán oscuros eran los peligros,
cuántas brumas podían alzarse súbitas,
cuántas rocas afiladas,
cuántos bajíos traicioneros
se interponían entre él y su puerto.
Ni el mismo resplandor del sol,
ni el fulgor del horizonte,
ni el viento que lo arrastraba, desbordado,
deberían haberle engañado.
Yo, desde la orilla,
observaba angustiado la espuma creciente
y lloraba tu destino,
porque nada pude hacer para salvarte.
No —nadie lo recuerda ya. Todo ha terminado. Y, sin embargo, mi corazón aún te llora, aunque amigo y amante te hayan olvidado.

***

ADVERTENCIA Y RESPUESTA

De: Emily Brontë
(Versión adaptada de Gordon McAllister)

—En la tierra… en la tierra serás
depositado—
dijo con voz hueca—.
Una piedra gris te señalará,
el moho negro se extenderá bajo tu cuerpo,
el mismo moho cubrirá tu frente inerte.
—Está bien… allí hallaré descanso—
respondí sin temor—.
Pronto llegará ese día profetizado,
cuando mis cabellos dorados
se entrelacen con las raíces de la hierba.
—Pero frío… frío es ese lecho,
tan alejado de la alegría y la libertad—
replicó con tono grave—.
Quienes amaron tu rostro encendido de vida
se apartarán temblando al ver tu sepulcro.
—No es así. Aquí el mundo ya es frío,
y los amigos que juraron permanecer
se alejan sin mirar atrás.
Allí, al menos, me retendrán,
y tal vez honren mi memoria.

Adiós, entonces,
a todo ese amor,
a toda esa falsa simpatía.
Sigue durmiendo.
El cielo se ríe allá arriba;
la tierra, impasible,
no notará tu ausencia.
Hierba y lápida sombría
se apartan del bullicio humano.
Aquí, solo un corazón se rompe…
pero ese corazón,
¡ese sí era digno de ti!

***

ÚLTIMAS PALABRAS

De: Emily Brontë

Versión adaptada por Gordon McAllister

No sabía que fuese delito tan grave
pronunciar la palabra "adiós".
Mas esta será la única vez
que mis labios o mi corazón la exijan.
Aquella colina agreste,
aquella mañana de invierno,
el árbol viejo de ramas retorcidas...
Si despiertan en tu pecho desprecio,
despertarán lo mismo en el mío.
Puedo olvidar esos ojos oscuros,
esas cejas marcadas,
y esos labios,
cuyo falso hechizo ya no me engaña,
si tú olvidas los votos sagrados
que esos mismos labios alguna vez formaron.
Si el mandato áspero logra domar tu afecto,
si muros de piedra logran retenerlo,
no me afligiré por algo tan vano
ni por un amor tan frío y falaz.

Pues hay pechos unidos al mío
por lazos que el tiempo ha puesto a prueba.
Y hay ojos cuya luz centelleante
me ha bendecido desde siempre.
Esos ojos serán ahora mi único día,
liberarán mi espíritu encadenado,
y ahuyentarán —como ráfagas firmes—
los pensamientos necios que aún lloran tu
memoria.

***

LA DAMA A SU GUITARRA

De: Emily Brontë

Versión de Gordon McAllister

Por aquel que una vez pulsó tus
cuerdas extrañas,
ya no se estremece este corazón dormido;
¿por qué entonces vienes, vieja guitarra,
a despertar los ecos de un espíritu herido?

Es como si la tibia luz del sol,
quedase suspendida en alguna hondonada
oscura,
mientras nubes de tormenta o sombras de la
noche
ocultan a lo lejos el astro que la alumbra.

Es como si el arroyo de cristal y canto
aún murmurase entre sauces fantasmas,
aunque el hacha del leñador, hace ya años,
convirtió en polvo las hebras de sus dríadas.

Y, sin embargo, guitarra, ese tono
encantado ha rozado la lágrima dormida en el
alma; ha hecho gemir al viejo torrente,
aunque su fuente… esté seca y callada.

***

LOS DOS NIÑOS

De: Emily Brontë

Versión literaria adaptada por Gordon McAllister

Pesada cuelga la gota de lluvia del follaje cargado,
la bruma húmeda se adensa sobre los montes lejanos.
El cielo, apagado, pesa en su mutismo;
el mar rueda lento y gris;
y el joven corazón late, solitario,
bajo un árbol sin promesa.

Jamás un trazo azul rasgó las nubes desde el alba;
jamás una sonrisa le ofreció el destino desde su nacimiento.
El ceño del mundo se posó sobre su cuna,
y la niñez creció sin ángel que la velara,
sin júbilo que la abrazara.

El día pasa veloz,
pero su luz es pálida y breve.
La infancia triste se funde
con una juventud aún más sombría.
Como flores que suplican al sol antes de

cerrarse,
reza, sin saberlo,
esa rosa humana sin sol.
Brote al que nunca cortejó el soplo del oeste,
sin perfume, sus pétalos;
y su rocío, tan frío como la nieve.
Alma sin eco ni reflejo,
donde jamás despertó promesa alguna.
Yerta su belleza,
como la mala hierba sobre una tumba olvidada.
Marchita, alma y flor.
Ambas, ofrecidas en vano.
La tierra nada guarda para los que el cielo ha desamparado.
Mas he aquí a la niña de las delicias:
cabellos como rayo de sol,
ojos tan azules y hondos como el mismo mar.
¡Espíritu de gozo! ¿Qué haces aquí, bajo estos cielos sombríos?
Tú, que debieras morar en la eterna primavera,
donde el día no conoce ocaso.

¿Por qué, serafín, ha volado tu ala hasta este valle de lágrimas?

—¡Ah! —dice ella— no vengo del cielo,
ni he descendido a mezclarme con las lágrimas.
Mas dulce es el día, aunque entre sombras,
y dulces son los años juveniles, aunque nublados.

Yo, imagen de la luz y la alegría,
vi al niño enlutado… y me apiadé.
Y juré —si así debía ser—
compartir su tristeza,
y ofrecerle mi dicha como bálsamo.

La noche cae pesada y oscura.
Su espera puede ser larga…
Mas mejor es que el dolor descanse,
y mejor aún para aquel que —como yo—
vela enamorado junto a una frente febril,
refrescando la pena con el perfume de la compasión.

Segura como el petrel sobre las olas,
segura en la paz dorada de mi alma.
Él ya no está solo:
el ángel de la guarda ha regresado.

No debe temer a la adversidad.
Porque el destino es fuerte…
pero el amor —mi amor— es aún más fuerte,
y más fiel que la vigilancia de los cielos.

***

EL VISIONARIO
de Emily Brontë
Versión de Gordon McAllister

Silencio en la casa: todos duermen ya,
sólo uno contempla las coronas de nieve,
vigila cada nube, teme cada soplo
que arremolina el viento y los árboles mueve.

Alegre es el hogar, terso el suelo apagado,
ni un soplo se cuela por puerta o cristal;
la lámpara arde recta, su luz —larga y clara—
se alza como estrella para el errante mortal.

¡Frunce el ceño, mi altivo señor!
¡Reprende, señora, tu gesto severo!
Espíen los siervos, murmuren su horror,
amenacen mi nombre con juicio fiero.

Pero ni el amo ni dama, ni el siervo fisgón,
sabrán quién cruza la nevada inmensidad:
ese ángel que cada noche me visita
desafiando toda humana voluntad.

Lo que amo vendrá con el aliento del aire,
seguro en su vuelo, furtivo en su andar;

y lo que me ama —mi alma lo sabe—
ninguna palabra podrá delatar.
Aunque por la fe pagara con vida,
no traicionaré mi sagrado deber:
¡Brilla, lámpara fiel, tu llama encendida!
¡Silencio! —un ala roza el amanecer...
Es él, el que siempre a mí así retorna;
¡oh, extraño poder! confío en tu aliento.
Tú confía en mí —mi amor nunca duerme—
ni lo vence el miedo, ni lo rinde el tiempo.

***

ÁNIMO
De Emily Brontë
Versión de Gordon McAllister

No lloro; no, no he de llorar —nuestra
madre no precisa lágrimas—.
Seca también los tuyos; es vano
llevar este duelo sin causa, por años,
como si la pena fuera altar o destino.
¿Qué importa que su frente esté fría y
ausente,
y que sus dulces ojos jamás se abran ya?
¿Qué si la piedra y el oscuro molde
devoran el cuerpo que fue hogar de su alma?
¿Qué si su mano no acaricia más
los sedosos mechones de tu cabellera?
¿O que su rostro —el faro de tu dolor
futuro—
ya no brille en las largas horas de espera?
Recuérdalo bien: *ella no ha muerto.*
Ella nos mira, hermana, ahora, en lo eterno.
Allí yace, donde su alma de ángel voló,
entre el brezo silente y la nieve de invierno.

Y desde ese mundo de luz infinita,
¿no se inclinará cada noche, en secreto,
para guiarnos en la oscura jornada
y velar por nosotras, hasta el último trecho?
Sabes que sí. Puedes llorar porque
nosotras quedamos
prisioneras aún del dolor y el lamento;
pero no llores porque *ella* no vuelve:
ya no necesita sufrir este mundo de
tormento.

***

ESTROFAS

de Emily Brontë

versión de Gordon McAllister

A menudo reprendido —pero siempre regresando—
a esos sentimientos primeros que en mí nacieron,
abandono la febril carrera por la riqueza
por sueños ociosos de lo que nunca será.

Hoy no buscaré la región sombría;
su vastedad insostenible se torna lúgubre,
y las visiones que emergen, legión tras legión,
traen al mundo irreal demasiado cerca.

Caminaré —pero no sobre huellas heroicas,
ni por senderos de alta moralidad,
ni entre rostros apenas recordados,
las figuras brumosas del tiempo que fue.

Seguiré el camino que dicte mi propia naturaleza;
me hastía someterme a otro guía.
Iré donde pastan los grises rebaños,
en las cañadas heladas,
donde el viento salvaje golpea las laderas desnudas.

¿Qué revelan esas montañas solitarias?
Más gloria y más dolor del que puedo narrar:
la tierra que despierta un alma al sentimiento
puede contener en sí tanto al Cielo como al
Infierno.

***

ULTIMAS PALABRAS DE EMILY BRONTË

Las siguientes son las últimas líneas que escribió mi hermana Emily:

Charlotte Brontë

No tengo alma de cobarde,
ni tiemblo ante las tormentas del mundo;
veo brillar las glorias del Cielo,
y la fe resplandece en mí,
vistiéndome contra el miedo.
Oh, Dios, ¡dentro de mi pecho!
Deidad todopoderosa, siempre presente,
vida que en mí descansa
como yo —vida eterna— descanso en ti.
Vanidad son los mil credos
que agitan los corazones de los hombres:
indeciblemente vanos,
tan inútiles como una mala hierba seca,
o la espuma errante sobre el río sin fin,
para despertar duda alguna en quien
se aferra tan firme a tu infinitud,
anclado en la roca eterna de la inmortalidad.

Tu espíritu —amplio amor—
anima los años sin término,
penetra y fecunda las alturas,
transforma, sostiene, disuelve, crea y resucita.
Aunque la tierra y el hombre se
deshagan,
y los soles y los mundos dejen de existir,
y Tú permanezcas solo,
toda existencia vivirá en Ti.
No hay lugar para la Muerte,
ni átomo alguno que su poder anule.
Tú… Tú eres el Ser y el Aliento,
y lo que TÚ eres, jamás será destruido.

— O —

Epílogo
Un ensayo por Gordon McAllister

Emily Brontë: La Voz del Viento y la Eternidad

La época victoriana vio nacer una estrella refulgente que marcó un nuevo horizonte nada convencional, una estrella dolorosa, una estrella sentida en el alma, y, quizás, una estrella profundamente hermosa si de belleza pudiera tratarse el dolor de un alma desgarrada, en un paisaje nublado, borrascoso, helado hasta los huesos y en ausencia de algo cálido que acunara su alma…

Tanto la novela *Cumbres Borrascosas* como su poemario, obras estas de Emily Brontë, marcaron un antes y un después en la inmensamente rica literatura británica.

Emily Brontë significó una ruptura contra lo convencional de la era victoriana, una ruptura contra los parámetros normales de la época, un estrellarse contra los amores

almibarados y los sentimientos de colores rosa, enmarcados en salones plagados de gobelinos muy clásicos y muebles tradicionales y conservadores de aquellos ambientes socialmente aceptados por unas élites excesivamente acostumbradas a mantener la voz baja y sostener la discreción ante todo…

Su obra es la irrupción del campo en la literatura, el campo crudo de alta montaña, con el ambiente campesino de las tierras altas y los entornos rústicos de climas helados y ventosos de las cumbres inalcanzables del Yorkshire, barridas por historias que son difíciles de imaginar, a menos que se vivan literalmente como dolorosas ampollas en carne viva…

Emily Brontë se apartó de la falsa moral y el recato propio de su tiempo, rechazando el sentimentalismo lisonjero de la era victoriana, produciendo una obra magistral, agreste, primitiva, brusca y totalmente bucólica, en medio de un contexto triste y sublime, elevada a lo alto de un páramo nebuloso y a riesgo de despeñarse hacia un abismo del alma.

El amor entre Heathcliff y Catherine, así como los de los diferentes protagonistas de sus poemas, no son amores humanos y corrientes; son huracanes tormentosos que se iluminan con relámpagos de truenos dolorosos que rasgan el alma y la preparan con terribles expiaciones que quizás permiten remediar las deudas de esta vida y lograr llegar a las alturas celestiales ya libres de pecados y condenas.

Las páginas creadas por Emily Brontë nos recuerdan las más sombrías partes de las tragedias griegas, las más crudas de la mitología germánica y la temible cercanía de la parca de la Europa medioeval, con la muerte como promesa libertadora para tanto sufrimiento acumulado y tanta lucha estéril sin lograr un resultado de esperanza.

La obra de Emily Brontë, en principio rechazada por la violencia emocional, la ambigüedad moral y una narrativa considerada compleja para su época, fue posteriormente reconocida en su verdadera dimensión.

Se ha tenido como una obra precursora de la novela psicológica y el existencialismo que florecería en el siglo XX. Posteriormente ha sido considerada una obra maestra salida de los páramos del Yorkshire británico, para convertirse en un referente literario universal vigente en todos los tiempos.

Pero para comprender en su plenitud la esencia de Emily Brontë, no basta con leer su novela. Sus poemas son el espejo íntimo de su alma.

Allí donde la prosa era furia, la poesía es revelación.

Mientras *Cumbres Borrascosas* encarna el viento que arranca los árboles de raíz, sus versos son el eco que se queda resonando en el silencio del campo después de la tormenta.

Ambas obras —la narrativa y la lírica— dialogan en un mismo universo espiritual. Los poemas de Emily Brontë nos hablan de inmortalidad, de soledad elegida, de la unión con la naturaleza, de una fe interior que no necesita de altares.

En ellos vibra una consciencia que no teme a la muerte porque sabe que el alma no

muere. Esa misma creencia late en Catherine cuando exclama que *"yo soy Heathcliff"*, como si intuyera que sus destinos están trenzados más allá del cuerpo y del tiempo.

Los escenarios en su obra, representados simbólicamente por los páramos, significan un ámbito de libertad total, de belleza cruel, pero también de aislamiento y recogimiento interior.

Emily creó su obra a partir de la nada, lejos del mundo real, lejos de las gentes y las distracciones mundanas, ahí, en completa soledad, surgió una luz de extrema claridad literaria, logrando manifestar la esencia de un alma solitaria y pura, en contacto con una naturaleza borrascosa, que la conectaba directamente con el reino de lo invisible.

La novela Cumbres Borrascosas en unión con los poemas, conforman un conjunto de expresiones literarias, una en prosa y otra poética. Una es un fuego tormentoso y la otra, una plegaria que surge del mismo dolor del alma. Sin embargo, ambos conforman un atisbo hacia lo

trascendente de la vida en camino hacia una dimensión de consciencia inmaterial.

Emily Brontë no escribió mucho, pero lo que dejó es imperecedero. Una novela. Un puñado de poemas. Y, sin embargo, el mundo no ha dejado de leerla, de soñarla, de temblar con ella. Porque en sus palabras —como en el viento que nunca se detiene en los páramos— hay algo que nos sigue llamando. Algo que, quizás, es la eternidad.

Gordon McAllister

Reseña biográfica
Carlos Alberto Gómez Acuña
Gordon McAllister (Pseudónimo)
Escritor colombiano.

Es graduado en Administración de Empresas en la Pontificia Universidad Javeriana, además tiene una especialización en Mercadeo en la Universidad de los Andes y un diplomado en Gerencia del Cambio en la misma universidad.

Durante cuarenta años se desempeñó en diferentes cargos directivos y gerenciales, en diferentes empresas de los sectores industrial y comercial.

Estudió un diplomado en: Escritura Creativa, Cuento y Crónica Literaria, en la Pontificia Universidad Javeriana. Tomó el curso de Novela I, en la Escuela de Escritores de España y ha asistido a varios Talleres Literarios de escritura creativa en Bogotá.

Desde el año 2007 está dedicado a la literatura. Géneros: (Ensayo, cuento, poesía y novela).

Fue ganador del Primer puesto del XXIII CONCURSO DE CUENTO RAMÓN DE ZUBIRÍA, (2018), de

UNIANDINOS en Bogotá, con el cuento: DE AMORES, TRAGEDIAS Y REVOLUCIONES.

También fue ganador del Primer Puesto del XXV CONCURSO DE CUENTO RAMÓN DE ZUBIRÍA, (2020), de UNIANDINOS en Bogotá, con el cuento: LA HEREJÍA DE LOS MONJES GUERREROS.

La obra:

Libros de Ensayos:

1. Entre el silencio y la quietud, Publicada 2010 por: Windmills Edition de California.
2. Somos Estados de Conciencia. Publicada 2012. Windmills Editions de California
3. Mentiras sagradas vs. Verdades profanas. Publicada 2017. – Amazon.com
4. El poder de tu Conciencia. Publicada 2017 Amazon.com,
5. Dale la bienvenida a la adversidad. Publicada 2018 Amazon.com.

6. El Retorno de los Dioses (Ciencia, Conciencia y Realidad), Un enfoque Cuántico. Calgóm Ediciones, 2025 – Amazon.

Libros de Cuentos:

1. Relatos de amores clandestinos. Publicada 2015. Amazon.com

2. Cuentos, relatos y poemas. Publicada 2023. Amazón.com

3. De amores, tragedias y revoluciones. (Selección de cuentos, relatos y anécdotas). (Nueva edición). – En proceso.

Libros de poesía:

1. Poéticos Delirios. (Selección de 44 poemas). 2020 – Amazon.com

2. Antología poética (Selección de 50 poemas) 2023 – Amazon.com

Libros de Novelas

1. Sol de Medianoche en Reikiavik (Vikingos en América). – Publicada 2019 Por Noriega Limusa ediciones.

2. Kurdos (Una historia conmovedora). – Publicada 2021- Mundo del libro ediciones.

3. El recuerdo de los años perdidos. – Publicada 2022. Relanzada 2023 Ediciones Carena de Barcelona.

4. De Palestina, un violinista. – Publicada 2022. Relanzada 2023. Mundo del libro Ediciones.

5. De Palestina, un violinista – Segunda Edición, 2024 Calgóm Ediciones. Amazón.com – Plataforma de Biblio mánager.

6. Y se fue con el viento. - Editada 2024, Amazon.com y Calgóm Ediciones.

7. Vikingos en América. 2da edición 2024. Remasterizado. Lista editada, Próximamente en: Calgóm Ediciones.

9. La herejía de los monjes guerreros. (Caballeros Templarios). – 2024, Editada por Calgóm Ediciones y Distribuida en Colombia por: Mundo del Libro Ediciones.

10. And they called it Vinland. Traducida al inglés. Lista editada, 2022, Amazon.com – Calgóm Ediciones.

11. From Palestine a Violinist – 2024 - Amazon.com – Calgóm Ediciones, Biblio mánager y Ingram Spark.

Libros de Texto:

1. Curso de Escritura Creativa. 2024 - Calgóm Ediciones.
2. Breve Manual de Filosofía de Séneca Calgóm Ediciones – Mundo del libro Ediciones, 2025. Amazon y Librerías en Colombia.
3. Poemas de Emily Brontë. (Traducido y modernizado por Gordon McAllister). Calgóm Ediciones. 2025 Amazon.

Mayo 8 de 2025.

— O —